

## DARÍO VILLALBA, O EL SER VISTO COMO OBJETO HERMÉTICO

Un hombre cualquiera, que habita en una ciudad cualquiera de cualquier país tecnificado, se despierta de nuevo un día cualquiera al ruido estridente que sale de la cápsula del despertador. Ingiere su cápsula de vitaminas o estimulantes vitales; pone en marcha la cápsula que le afeita la barba, tal vez introduce en otro aparato una cápsula que le produce música. Mira febrilmente al reloj, que gira sus manillas implacables bajo una cápsula plana. Abre la caja del refrigerador y toma algún alimento con frío de cadáver. Entra en la cápsula del ascensor; después, en la cápsula de su automóvil, del autobús urbano, o en las enterradas bajo tierra del Metropolitano. Entra y sale en las enormes cajas de acero, cristal y plásticos, de las oficinas, con helor y olor a tumbas. Tal vez se encierra durante unas horas en las cápsulas gigantes de los aviones, que no se pueden abrir desde dentro, como los ataúdes... Cuando vuelve a su casa ingiere de nuevo otra cápsula, ésta para poder dormir, hasta otro nuevo día; otro día que no será muy diferente del pasado.

El hombre de la sociedad industrializada apenas tiene tiempo de nada, ni mucho menos, de amar. Porque el amor exige entrega a otro ser, dedicación, renuncia del propio egoísmo, sacrificio. Y no tiene tiempo, no tiene tiempo para nada. Confundido en la masa gris, indiferenciado ausente de todo, camina con paso autómatas; su vestido es casi igual a los otros vestidos, su estatura, su peso. Solamente en algunos ojos brilla de vez en cuando una cierta luz. Hombre encapsulado, atrapado como indefenso insecto en todas las trampas que le tiende la civilización maquinista, que él mismo ha creado y de la que ya no puede prescindir y de la que se siente forzado prisionero, sumiso servidor.

Este es el hombre, este el ser, que Darío Villalba ha llevado al arte contemporáneo como una presencia enigmática, como un objeto hermético, como un fantasma de vida latente, ibernada, que esperase no se sabe qué resurrección. Hombre metido en sus propios tubos de ensayo, en su mutante alquimia, sin haber tenido que dar a cambio su alma, porque ya no la tenía, pero sí su vida elemental y cambiante, aquella que vibraba con el frío o el calor, con el hambre y el cansancio corporal. Ya no suda, ya no padece, todo se ha vuelto suavemente gris, desvaído. Está envuelto en vendas paralelas que lo fajan como hacían los antiguos egipcios con sus momias. Pero estas momias de hoy no permanecen quietas y paradas en las orillas de lo eterno; caminan, aprietan botones y palancas que los traen y los llevan, gravitan sin peso como ahorcados del espacio...

Y esto no es nada más que empezar. Muy pronto, un mañana cualquiera, ya habitará en ciudades —cápsula bajo una enorme bóveda de plástico dentro de la cual ya no habrá jamás primavera, ni lluvias, ni tormentas. Ciudades que podrán ser emplazadas en medio de los hielos polares, en las profundidades del mar, dentro de las montañas. Mañana, un mañana cualquiera, estará suspendido entre los astros, en estaciones espaciales en las que el tiempo ya tendrá otra medida, en las que no se sabrá qué

quiere decir un año. Mañana, un mañana cualquiera comenzarán a revivir los seres que voluntariamente se hicieron casi congelar, para saber qué habría después.

Seres de anticipación, rabiosamente actuales, son los que Darío Villalba ha sabido plasmar con esa intuición que sólo tienen los artistas, los poetas. Con esa intuición con que ya El Bosco los pintó hace más de cuatro siglos y medio, bajo cápsulas transparentes, en "El Jardín de las delicias". Algo de lo que Jerónimo Bosch, El Bosco, pintó con sutilezas sobre la tabla, lo ha construido ahora Darío Villalba, con materiales desconocidos hace pocos años atrás, con las mismas sutilezas de los colores pastel.

La pintura —escultura— objeto de Darío Villalba es algo totalmente nuevo en el panorama artístico del mundo actual. Por poco que se conozca el panorama artístico y el mundo actual, se comprende lo categórico que resulta afirmar esto: algo totalmente nuevo. Las invenciones nunca se han valorado tanto como en



El abrazo.

esta sociedad consumística, en la que la novedad vende. Pero la obra de Darío Villalba no es tan sólo novedad, lo que sería solamente categoría menor, es obra de arte de absoluta novedad lo cual supone otra dimensión más perdurable. En nuestro comentario dedicado a la última de las Bienales Internacionales celebradas en Venecia (véase "Arquitectura" nº 112, octubre 1970 y "Bellas Artes 70" nº 5, octubre 1970) ya mencionamos el impacto internacional que la obra de Darío Villalba había supuesto. Sorpresa que ha ido aumentando en estos meses transcurridos, y que hace que la obra de este pintor sea solicitada por los más importantes museos de los más cultos países.

Y, repetimos, no es sólo por causa de unas innovaciones técnicas. Más bien nos inclinamos a pensar que la obra pictórico-escultórica de Villalba ha logrado una de esas síntesis de época que rara vez se consiguen. En efecto, su pintura, siendo realista tiene un misterio surreal. Al mismo tiempo, por su colorido está inserta en el más reciente "pop". La cápsula de material plástico transparente, que encierra la figura pintada a color, tiene relieve escultórico y es consecuencia de la búsqueda de nuevos materiales que fue la gran preocupación del arte abstracto. Al estar suspendida dicha cápsula y

girar al menor movimiento, adquiere la movilidad de lo cinético. Y finalmente, tiene la intencionada preocupación crítica del realismo social. Parece difícil que tan diversos ingredientes y de tan opuestas procedencias, puedan coexistir formando algo personal y creativo. Pero así es y esa, creemos, que es la razón principal del éxito mundial de Villalba.

Otra característica que es preciso destacar es la primorosa ejecución de estas difíciles obras, muchas de las cuales se acercan a los dos metros de altura. Construcción esmerada que seguramente le viene al pintor ya desde los antecedentes de su sangre: abuelo materno, Antonio Flórez, arquitecto; su madre, la primera mujer que se licenció en Arquitectura en España, junto con Matilde Ucelay; bisabuelo, el pintor José Gallegos, de la época y escuela de Fortuny, pintor que se realizó en Roma; tío —abuelo, el pintor José Villalba. Con una familia así de artistas no es extraño que resulten perfectas de ejecución sus obras. Aunque tampoco le fue fácil desde el principio la dedicación a la pintura de Darío Villalba. Condición paterna indispensable: el estudio de una carrera. La de Bellas Artes, en la Escuela de San Fernando de Madrid; más cuatro años cursando en la Facultad de Filosofía y Letras, Madrid;

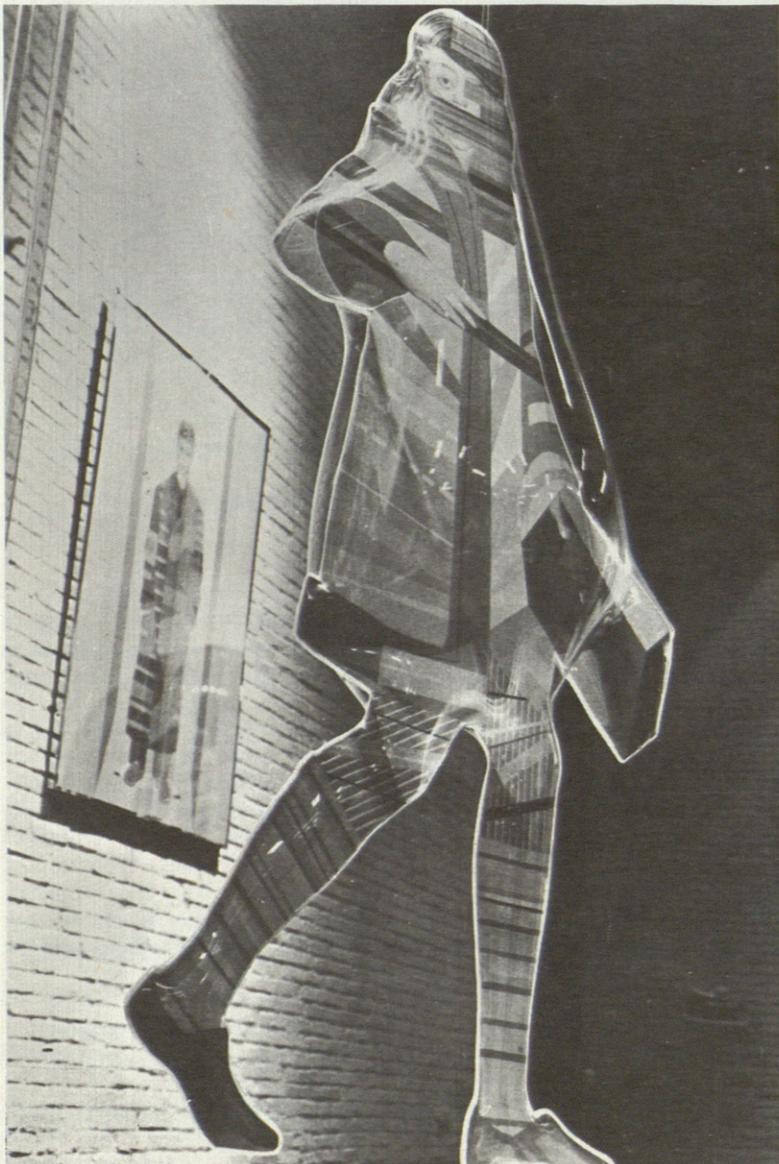
más algunos otros años en la universidad de Harvard (Estados Unidos), en donde estudió en el departamento de bellas artes.

Darío Villalba tiene ahora algo más de treinta años, pero esos treinta años de los hombres de hoy, llenos de responsabilidad, de madurez, de conciencia del deber.

—Creo que mi mayor aportación ha sido conseguir que el cuadro-pintura tradicional salga al espacio, no al espacio ilusorio de las perspectivas, sino al espacio real. Las constantes en mi obra han sido intentar hacer que coexistan lo intuitivo y lo racional, lo geométrico con lo expresionista, lo curvo con lo recto. El hombre con dos pieles: una, la de siempre; otra, su invento. Piel —cristal que climatizan al hombre de carne y hueso.

Y lo climatizan tanto, que no fue ninguna casualidad que justo en los días en que Darío Villalba celebraba su última exposición en la galería "Ramón Durán" de Madrid, tres astronautas rusos, después de haber estado muchos días viajando en el espacio, regresaban a la tierra muertos y compuestos, impasibles en sus puestos de trabajo, como si nada hubiese pasado, pero muertos dentro de la cápsula espacial.

La calle.



Delincuente.

